

# BENAVENTE EN AMÉRICA

PALABRAS DE UN PATRIOTA

Por considerarlo, no sólo digno de reproducción, sino de que en los corazones de nuestros compatriotas queden grabadas para siempre, publicamos—contribuyendo con nuestra modestia a difundirlas—las siguientes palabras del discurso pronunciado por Don Jacinto Benavente en Méjico, durante su reciente estancia en aquel país.

«No he querido fiar—dijo el gran dramaturgo español—a los azares de una improvisación el testimonio de mi gratitud. Temía que la emoción quebrara mis palabras y que pareciera mezquina demostración lo que tal vez hubiera sido lo más elocuente: una emoción sincera, honda... Pero tal vez también esta misma emoción, al contenerse, no hubiera expresado cuanto yo siento en este momento.

Hoy no cambiaría por nada el orgullo de ser español. Y ¿sabéis por qué? Porque al serlo soy vuestro también, soy de toda esta América española, en la que no puede uno sentirse extraño ni extranjero. Vuestro, como de España, es mi nombre; vuestra es mi obra, vuestro es el aplauso que hubiera podido merecer por el mundo.

Pudo desmoronarse el imperio material y político; pero este imperio espiritual del verbo sigue siendo el sol de gloria que no se oculta en los dominios espirituales de España. Es el sol de Cervantes, Calderón, Santa Teresa, fray Luis de León y de Granada...

Al defenderlo, al guardarlo como patrimonio heredado, aun al combatir contra la misma España, combatíais por ella, pretendíais salvar lo que de ella creíais perdido: el espíritu de la raza.

¡España y Méjico! ¡Qué semejantes en sus engañosas apariencias ante los juicios del mundo! ¡Qué mal entendidos! ¡Qué mal apreciados! Cuántas veces se les habrá dado por muertos, y viven y vivirán, porque Méjico, como España, son de esos pueblos de tan intensa vitalidad, que, aun vencidos por la fuerza—¡y qué fuerza sería preciso para ello!—, lograrán al fin ser los

vencedores, como lo fué Grecia de Roma, por virtud de su espíritu.

Ya en la paz lo consiguen. A España llegan muchos extranjeros abominando de ella, y terminan bailando sevillanas y toreando becerras, porque con los toros no se atreven... En Méjico les sucede lo mismo. Tiene el mismo encanto de seducción; tiene, como España, esa misma espiritualidad, que al pasar por cualquiera de sus pueblos más miserables, pone más pensamientos en el entendimiento y más emociones en el corazón que muchas de esas grandes naciones atestadas de civilización material, pero con tan poca alma que hasta cree uno haber perdido en ellas lo que llevaba.

¡Méjico y España! Yo quisiera siempre verlas muy unidas, amándose y comprendiéndose tanto como las desconocen las demás. Unidas como lo estáis ahora españoles y mejicanos en este grato homenaje a España de que es ocasión mi persona. Bien comprendéis que no ha podido ocultarseme, cómo en una disculpable exaltación de patriotismo, hay mejicanos que sólo quieren derivar de su propia raza. Pero la Historia es inexorable como la naturaleza misma, y no procede por saltos. Hay que aceptarla si no queremos colmar vacíos con ideologías que no se cimentan ni en la naturaleza ni en la Historia. No hay que renegar de nada. Realidad es que sois mejicanos, hijos de una raza noble, fuerte, que logró una civilización espléndida. Pero realidad es también que por aquí pasó España, raza noble, fuerte también, con otra civilización y otra cultura también considerables. En su obra pudo España cometer errores, torpezas, pero España no envileció nunca a sus colonias. La prueba es que de ella salieron pueblos grandes y libres. Y un pueblo envilecido ni sabe, ni puede, ni merece ser libre. Los pueblos de América han sabido serlo. ¡Qué mayor prueba de que España no había ahogado en ellos ese noble sentimiento de independencia y de dignidad!

Señores, por la gloria de Méjico, por la gloria de España, por cuanto pueda unir las en un alto ideal de perfección.»

## NUESTROS COLABORADORES

FERNÁNDEZ FLORES Y SUS OBRAS

UNA coincidencia he observado en los libros del Sr. Fernández Flores, un detalle que, al considerarlo a la ligera, pudiera parecer pueril, falto de importancia, y que, sin embargo, no lo es. Consiste en que la mayor parte de sus novelas, casi todas las que tienen ilustrada la portada con un dibujo alusivo al argumento de la obra, expresan el espanto en este dibujo: las facciones del hombre o de la mujer que en él aparece son contraídas en una mueca, bien de terror, bien de hastío. Es que el dibujo responde al argumento. Se dirá tal vez: ¿Y cómo un humorista tiene un concepto tan trágico de la vida?

Es muy natural tal duda o pregunta. Estamos acostumbrados a ver el humorismo en dibujos caricaturas y en artículos festivos, y de esta manera no sabemos que encierra un algo de tristeza, más grande, más verdadera que la risa que pudiera provocar. Porque ¿qué es la risa, más que el efecto de la percepción del ridículo? ¿Y qué es el ridículo, sino la cosa más triste, más digna de lástima que se puede imaginar?

La risa es acción exclusivamente humana, porque sólo el hombre es capaz de percibir el

ridículo de una manera suficientemente intensa para producir hilaridad. Aunque hay bestias que ríen, su risa es una función fisiológica, como el bostezo, por ejemplo, y de esta otra manera también es susceptible el hombre de experimentar el fenómeno en cuestión, siendo así la risa del niño que se siente abrigado en el invierno.

Pero la risa humana, la risa verdadera, sólo puede causarla la idea del ridículo, y ya se sabe que ésta encierra en sí, mezclados, unidos íntimamente, risa y llanto. Por eso, destacando el uno o la otra, hay humoristas que presentan el ridículo para que la gente se regocije a costa de la víctima, y otros que lo hacen de modo que ésta sea compadecida. De los últimos es el humorismo del Sr. Fernández Flores: hace llorar. Claro que a algunas personas les produce hilaridad, porque ambos sentimientos van tan unidos, tan mezclados, que difícilmente se experimentará el uno sin el otro, siendo efecto, por lo general, de esta amalgama, la sonrisa a narga, la risa compasiva. Será mayor uno u otro sentimiento, según el grado de cultura, de educación, o simplemente el temperamento. Hay quien se ríe estrepitosamente al ver que un señor gordo cae al suelo, desoyendo las leyes de humani-

dad, que mandan compadecerse, y quien no puede reprimir las carcajadas mirando la peluca grotesca de una vieja, que debiera causarle lástima.

De esto se lamenta el Sr. Fernández Flores en una interviú. Dice: «A veces arrojo con todas mis fuerzas una piedra a la cabeza del ridículo personaje. (*El absurdo.*) Pero su cabeza es terriblemente dura y sólo consigo abollarle la chistera. Entonces el vulgo me dice: «Me ha hecho gracia esa abolladura»; y me entristece esa incompreensión, porque no ha sabido ver que mi designio era trágico, y no cómico.»

Pero no a todos hace reír esa pedrada a que se refiere el Sr. Fernández Flores. Al leer sus novelas, se hace el lector inteligente la siguiente reflexión:

—La vida es una tragi-comedia: los hombres son muñecos de Guñol, pequeños y grotescos; las mujeres, figulinas inconscientes, encargadas de verter sobre la existencia la miel y la hiel, y los hechos que entre hombres y mujeres ocurren, grandes, transcendentales para el agente; pequeños, insignificantes, anodinos para los demás. Y al ver los grotescos esfuerzos que hacen los humanos para vencer, unas veces sus propias pasiones, y otras el Destino, que les dió un carácter, una manera de ser, con arreglo a la cual han de obrar siempre, no puede el lector dejar de pensar: «Es gracioso este muñeco, empeñado en hacer otros movimientos de los que sus muelles le permiten. La vida es cómica.»

Pero, fijándose un poco, observa que el muñeco llora y deja caer, abatido, los brazos inarticulados. Entonces, rectifica compasivamente: «No, no; me equivocaba. La vida es trágica.»

¿Por qué es trágica la vida; porque este muñeco vanidoso llora de impotencia? Sí; por eso nada más. Supongamos, por un momento, que obrara de una manera extraordinaria. ¿Qué? ¿Tiene celos? Pues mate al rival. He aquí que el muñeco se arma de un puñal y atraviesa el corazón del afortunado galán. Esto, ¿sería trágico? Yo creo que no. El muerto ya no sentirá dolores, y al muñeco homicida la vanidad no le permitirá arrepentirse y llorar su crimen; a todas horas repetiría la cantinela: «¡Yo soy un hombre terrible; yo he sabido vengarme!»

Pero no hace esto, se considera incapaz de ello, y por eso llora, odia.

Como de esta manera sucede en la vida, la vida es una tragedia, pero una tragedia sin sangre, sin heridas, sin actos violentos. Tal vez pregunte alguien: «Y sin eso, ¿cómo hay tragedia? ¿En qué consiste?» Consiste en el aburrimiento, la incomodidad, el hastío; consiste en ver llegar los últimos años de existencia y preguntarse, aterrado, a sí mismo. «Yo, ¿para qué he vivido?» Al que tal se interrogara, le haría contestarse el Sr. Fernández Flores: «Creo que no he vivido para nada.» Y, seguramente, tiene razón.

El Sr. Fernández Flores tiene razón siempre. Resplandece en su frase la más pura lógica, y sus argumentos, por lo sencillos y claros, no admiten la rebatida. Tal vez en esto consiste su humorismo. Presenta las cosas como debieran ser, para que resalte la forma absurda que en realidad revisten, y así, palabras y obras que nos muestra, de las que estamos acostumbrados a ver y presenciar como la cosa más lógica, más natural, nos extrañan con un algo de novedad, con un algo impensado, que sólo es el aspecto ridículo que tienen, en el que nunca habíamos reparado, y que ahora nos obliga a pensar: tal cosa es necia; tal otra absurda.

FRANCISCO AYALA.